

FLORES, MANUEL MARÍA (1840 –1885)

PASIONARIAS

SEGUNDA PARTE

(Composiciones escritas en varios álbumes)

INDICE:

GUIRNALDA
LA FORTUNA
A ROSARIO P.
LAS FLORES
A RAMONA
LIRIO
A ROSARIO H.
SENSITIVA
A GUADALUPE
RAMILLETE
A REMEDIOS
PASIONARIA
A ÁNGELA
ROCÍO
A PAZ
FLORES MARCHITAS
A EMILIA
ABROJOS
A ROSA
REMINISCENCIAS
A EUGENIA
EL ALMA EN FLOR
A EULALIA
VIVIR
A CARMEN
AMISTAD
A ANITA
ADIÓS
A LOLA
STELLA
A CLEMENTINA
EL ÁNGEL DEL HOGAR

A ENRIQUE
EL GRIJALVA
A LA SEÑORA DE TORRE
LA VOZ DEL ARPA
A ROSALINDA
LAS DOS
ELVIRA Y ELISA
ORFANDAD
A MARÍA
LA ÚLTIMA FLOR
A MANUELA
LAS GRACIAS
ÁLBUM DE LAS SEÑORITAS B.
LAS DIOSAS
A LAS SEÑORITAS AGRAMONTE
ROSARIO
ASUNCIÓN
MARGARITA
ISABEL
ROSA
LUISA
LUZ
DOLORES
GENOVEVA
CATALINA
FÚNEBRES
LA DESPOSADA DE LA MUERTE
CORONA FÚNEBRE DE LA SRA. ANA MARÍA DE LA SERNA Y CAMPBELL DE
THOMAS
EN LA TUMBA DE LA SEÑORITA Z.
MANUEL OCARANZA

GUIRNALDA

Los versos son las flores que el alma del poeta
de la gentil Belleza derrama en el altar;
yo cuelgo de mi lira guirnaldas de violeta
y a vuestros pies, hermosas, las vengo a deshojar.

LA FORTUNA

(A Rosario P.)

En su curso voluble la Fortuna
todo cuanto me diera me quitó;
y la Miseria pálida y hambrienta
al umbral de mi puerta se sentó.

Y llegó la Amistad -la que en un día
el festín de mis dichas presidió-
y aunque la dije ven, ella, espantada
al ver aquel espectro, se alejó.

Amor llegó también... Sellé mi labio,
porque temí que se alejara Amor;
pero él sin vacilar, bañado en lágrimas,
vino a mí presuroso... y me abrazó.

Y la Miseria pálida y hambrienta
que al umbral de mi puerta se sentó,
a la luz de aquel ángel que lloraba,
ella ¡la horrible arpía...! se embelleció.

LAS FLORES

(A Ramona)

Las flores son un emblema
del mundo del sentimiento,
son álbum del pensamiento
en sus horas de ilusión;
son páginas en perfume
por dos almas descifradas,
son estrofas no cantadas
del poema del corazón.

En una flor sus recuerdos
el corazón atesora;
sobre sus pétalos llora
su soledad el dolor;
dulce enigma comprendido
tan sólo por los amores:
quien no comprende las flores
tampoco sabe de amor.

Dios a la mujer formando
completó su Paraíso;
tal vez con las flores quiso
completar a la mujer.
¡Qué bellas son en su frente!
¡Qué envidia dan en su seno!
¡Qué activo dulce veneno,
dan en ellas a beber!

Los mirtos dicen amores,
la altiva rosa belleza,
las azucenas pureza,
recuerdo la miosotis.
Algo dice en una tumba
la doliente cineraria,
y la yedra parietaria
que borda la ruina gris.

Y ¡cuánto es para el amante
la primer flor anhelada
que una mano idolatrada
furtivamente le dio!
El labio ardiente se posa,
insaciable mariposa
del néctar de la pasión.

Si encanta con sus colores,
si embriaga con su perfume,
si se marchita y consume
apretada al corazón,
es que en su cáliz esconde
aliento de la que se ama,
y perfume que derrama
en sus besos la pasión.

Es que a los ojos cerrados
del alma en amores presa,
esa flor es la promesa
de eterna felicidad.
Es una voz silenciosa
que está diciendo te adoro;
nudo de la red de oro
en que dos almas están.

Almas locas que no saben

al simbolizar la creencia
del amor en la existencia
efímera. de una flor,
que su dicha, su esperanza,
su placer y su alegría
flores son... y dura un día
la primavera de amor.

Y la seca flor guardada
que el tiempo cruel descolora,
reliquia tal vez de una hora
que vale una eternidad;
sombra de flor que no tiene
de lo que fue más que el nombre,
cual los recuerdos del hombre
del alma en la soledad;
fantasma de una esperanza,
muelo adiós del bien perdido,
del naufragio en el olvido
único resto quizá,
¿no encierra, triste despojo
sin perfume ni belleza
la poesía de la tristeza,
la religión del pesar?

Sí; las flores simbolizan
las fugaces alegrías
que arrancamos a los días
de la bella juventud.
Después tan sólo nos quedan
memorias de amor benditas...
hojas de flores marchitas
cayendo en el ataúd...

LIRIO

(A Rosario H.)

Muy pocas flores de ilusión dejaron
en mi alma borrascosa los pesares;
mas las pocas fragantes que quedaron
permite que las deje en tus altares.

Te traigo de amistad cándido lirio;

si en él encuentras una acerba gota,
perdónala... es la sangre de martirio
que de mi pecho, atormentado brota.

Hirió mi corazón el desencanto,
de mi ventura deshojó la palma,
y en la amargura de infortunio tanto,
secose a fuerza de llorar el alma.

Nublado el horizonte de la vida,
borrose el porvenir en lontananza,
y su tallo dobló, descolorida
y marchita la flor de la esperanza.

Tan sólo melancólica y aislada
la triste flor de los recuerdos brota,
como brota la hierba descuidada
de algún sepulcro entre la piedra rota.

Mas no es ese despojo cinerario,
no los la flor del recuerdo y el martirio
la que te ofrece el corazón, Rosario,
es de amistad el apacible lirio.

Lleva en su cáliz toda la ternura
que agotar no pudieron los pesares;
y pues tiene de tu alma la blancura,
permite que la deje en tus altares.

SENSITIVA

(A Guadalupe)

«-¿Por qué estás, como yo, pálida y sola?
¿También para las flores hay dolor?
¿Como mi corazón, es tu corola
copa de llanto, solitaria flor?»

Así Una virgen bella y pensativa
a quien la pena el corazón hirió,
dijo a la misteriosa sensitiva,
y una lágrima en ella derramó.

Lágrima de mujer, gota sagrada

que el arcángel debiera recoger,
perla del alma, sangre inmaculada
del mártir corazón de la mujer.

Calló... La sensitiva, estremecida,
sus pétalos vivientes recogió,
y la pálida virgen dolorida,
suspiró con tristeza y murmuró:

«-¿Tan amargo, es mi llanto, que una gota
hasta a apagar la vida de una flor?
¿Cómo el raudal que de mi pecho brota
¡ay! no apaga el recuerdo de mi amor?

¿Por qué no extingue de mi ser la llama
el incesante soplo, del pesar?
¿Por qué no muere el corazón que ama,
su lágrima primera al devorar?

¡Dichosa flor! Moriste a la primera
ráfaga del pesar... En mi aflicción
dichosa yo también si se rompiera
mi existencia al romperse mi ilusión.

Que cuando quiso con pasión el alma,
y lo que quiso, para siempre fue,
vivir es ya morir... mas sin la calma
que la tumba promete al padecer.

Mas otras veces -¡he llorado tanto!-
otras veces mis lágrimas vertí
sobre otras flores, y jamás mi llanto
marchitara esas flores como a ti.

¿Eres un cáliz de dolor que encierra
gotas de llanto que ofrecer a Dios?
Pero todas las flores de la tierra
son pocas al raudal del corazón.

¿Quién, eres tú de lánguida corola?
¿Amaste y te olvidaron, pobre flor?
Dímelo... que también pálida y sola
soy una sensitiva del amor.»

La sensitiva:

«-Soy el alma misteriosa
de mis hermanas, las flores,
imagen: de esos amores
que vivieron un ayer:
hija de un rayo de aurora
en un día de Primavera,
es mi vida una quimera
como tus sueños, mujer.

Yo soy como la esperanza
que cuando se toca, muere;
y tu lágrima me hiere
como te hiere el amor.
No es tu lágrima el rocío
que en mí derrama la noche,
y ha lastimado mi broche
como tu seno el dolor.

Tu alma y yo somos dos flores
que tienen la misma historia.
También yo tuve mi gloria
como tuviste tu amor.
Debes a tu amor el llanto
y yo a tu llanto la muerte...
Una misma es nuestra suerte,
¡pobre mujer...! ¡pobre flor!

Por los céfiros mecida,
por la luz engalanada,
por los cantos arrullada
de las aves del pensil,
es mi vida un paraíso,
un pensamiento risueño,
es el éxtasis de un sueño,
es amar... ¡es ser feliz!

Pero es dicha de un instante:
de tu lánguida pupila
rueda abrasada y tranquila
la gota que me mató.
Y en vano el cielo fulgura,
en vano las aves cantan,
cielo y aves no levantan
mi corola... ¡pobre flor!

Así la mujer hermosa,

flor de los cielos querida,
sensible desprendida
de las manos del Señor,
trae a la tierra del llanto
su corola de belleza,
su rocío de pureza
y el perfume de su amor.

Y por ensueños mecida,
del amor enamorada,
por los himnos arrullada
del mundo que ve ante sí,
es su vida un paraíso,
un pensamiento risueño,
es el éxtasis de un sueño,
es amar... ¡es ser feliz!

Pero, es dicha de un instante:
con su llama abrasadora,
amor su pecho devora,
amor consume su ser.
Y en vano son las promesas
de la mentida esperanza...
¿Quién a realizar alcanza
tu ilusión... pobre mujer...?

Somos dos flores hermanas
hijas del amor del cielo;
no comprenden nuestro duelo,
ni comprenden nuestro amor.
Por siempre cierro mis hojas,
por siempre tu llanto trunca...
La dicha no vuelve nunca...
¡Pobre mujer...! ¡pobre flor...!

Así dijo la tierna sensible;
sobre su muerto tallo se dobló:
y la pálida virgen pensativa
dejó en ella una lágrima furtiva
y triste y en silencio se alejó.

RAMILLETE

(A Remedios)

Símbolo de tu cándida belleza
son las flores, Remedios, que te envió;
tu alma, como, su cáliz, es pureza,
limpio, como tu llanto, su rocío.

Virgen hermana de las flores bellas
que bordan y perfuman la campiña,
deja que la amistad teja con ellas
fresca guirnalda que tu frente ciña.

Algún ángel quizá, niña querida,
sobre ti tiende con amor su palma,
que es una rosa blanca desprendida
de los jardines del Edén tu alma.

Para tu dulce corazón, amores,
para tu planta, rosas sin abrojos...
y para mí... para mis pobres flores,
una mirada de tus negros ojos.

PASIONARIA

(A Ángela)

Perdióse ya la dicha de mi vida
y del alma pasó la primavera...
¿Qué flor, entonces, dejaré caída
de tu álbum en la página primera?

Yo fui la mitad de un alma
buscando su otra mitad,
como se busca la calma
y la sombra de la palma
en ardiente soledad.

En un tiempo el alma mía,
alondra que tiende el vuelo
bañada en la luz del día,
sus ricas alas perdía
en el zafiro del cielo.

Soñé pedir a la gloria
la vida para mi nombre,

y que en mi piedra mortuoria
arrojase una memoria,
acaso una flor, el hombre.

Soñé, al destello indeciso,
de un crepúsculo nupcial,
aparecer de improviso
la mujer del Paraíso
que flotaba en mi ideal.

La mujer cuya belleza
ilumina la Creación,
la mujer toda ternura,
la mujer cuya pureza
santifica el corazón.

La mujer a cuya planta
se pone el alma de alfombra,
la mujer única y santa,
la mujer que no se nombra
pero que siempre se canta...

Y esa mujer yo la vi
cuando la dicha soñé;
el alma toda la di,
y su imagen está aquí,
y con ella moriré.

Era su faz mi embeleso
era su nombre Alma mía;
donde su planta ponía,
mi pensamiento en un beso
adorándola caía.

Soñé el placer indecible
de que ese arcángel visible
me embriagase con su amor...
Soñé la dicha imposible
en la tierra del dolor.

¿Era sólo una creación
de mi loca fantasía,
de mi amante corazón...?
¿Era el alma que se abría
en su aurora de ilusión?

¿Era un sueño...? Mas despierto
adoré lo que soñaba...
Mi corazón está muerto,
desque en el mundo desierto
no encontré lo que buscaba

Por eso voy del mundo en la corriente
cual hoja solitaria.
Triste es mi vida, pálida mi frente,
y si hiera una flor mi alma doliente
sería la Pasionaria.

Una flor de tristeza y desconsuelo
que apenas ha vivido
y levantado su corola al cielo,
y ya barre sus hojas por el suelo
el viento del olvido.

Perdóname. Buscaba un pensamiento
Ángela, que dejar en esta hoja,
y el gemido del alma en su tormento
es ¡ay! tan sólo lo que el alma arroja...

Perdóname la nota dolorida
que exhalara mi lira lastimera,
perdóname esta lágrima caída
de tu álbum en la página primera.

ROCÍO

(A Paz)

Cuando se va la noche,
sus lágrimas hermosas
sobre las flores deja
en gotas sin color;
pero al romper el alba
se tornan luminosas
en perlas cristalinas,
corona de la flor.

Así mis pobres versos
sin brillo ni frescura
de tu álbum en las hojas

a derramarse van;
mas si les dan tus ojos
la luz de su hermosura,
las perlas más preciosas
de la amistad serán.

FLORES MARCHITAS

(A Emilia)

Primer rayo de luz, primera rosa,
primer canto del ave en primavera,
suspiro de una lira melodiosa
es de tu álbum la página primera.

La arpa de la poetisa resonando
allí vertió dulcísima sus galas,
blandas como el rumor que al ir volando
los angeles producen con sus alas.

Este libro comienza como el día,
con trinos, de ave y esplendor de aurora;
después de una magnífica armonía,
¿qué ha de decir mi corazón, señora?

Yo que he dejado olvidada
y de lágrimas bañada
la lira del corazón
en la tumba idolatrada
de mi postrer ilusión;

yo, pobre alma dolorida
que atrás dejando va ya
los vergeles de la vida,
hoja en el viento perdida
que no sabe dónde va;

desheredado de amores,
sin fe ni consolación
en un valle de dolores...
¿dónde ha de coger sus flores
mi desierto corazón...?

Pero ¿qué importa, Emilia, que la nota
que exhala para ti mi lira rota
sea triste como el alma sin amor,
si al través del crespón de mi tristeza
mirando estoy tu poética belleza
como se ve tras de la niebla el sol...?

Mis pobres rimas ante ti al ponerlas
son flores ya marchitas entre abrojos,
pero fragantes tú puedes hacerlas
con la mirada de tus negros ojos.

La más pálida flor tiene colores
cuando el sol con su rayo la abrillanta...
¡Sean tus ojos sol para las flores
que vine a deshojar ante tu planta...!

ABROJOS

(A Rosa)

Como dulce canción vaga y hermosa
que lejos se oye en la nocturna calma,
así el eco de tu arpa melodiosa
oí en la triste soledad del alma.

Trino de alondra, murmurar de río,
cantó en el tierno suspirar bañado
de un pecho de mujer, limpio rocío
sobre la flor del corazón regado;

eso es tu canto. Besa nuestro oído,
y el corazón a los ensueños lanza,
porque en sus notas trémulas, perdido
va el acento feliz de la esperanza.

Mas si gotas esparce de ambrosía
el ritmo de tu arpa vibradora,
digno de su gratísima armonía
no tengo nada que ofrecer, señora.

Corazón que el llanto moja,
corazón que se deshoja

al embate del dolor,
de este álbum para la hoja
¿en dónde hallar una flor?

¿Dónde encontrar el ambiente
hecho de brisa olorosa,
de blanca luz trasparente
que envuelve tan dulcemente
en los jardines la rosa?

Si tuviera el alma mía
de inspiración el tesoro,
ilusiones, poesía,
¡cuántas mariposas de oro
para la rosa tendría!

¡Cómo entonces la envolviera
el beso de primavera
en una nube de aroma!
¡Con qué cariño la diera
sus arrullos la paloma!

Mas mi musa silenciosa
no ha querido, en sus enojos,
que pueda dar otra cosa
para el álbum de una Rosa,
más que lo que doy: abrojos...

REMINISCENCIAS

(A Eugenia)

Pobre amiga, pues que lloras,
pues que la vida sombría
en ti derrama sus horas
de negra melancolía;

pues te hieren los pesares,
y ha pasado tu contento,
como la espuma en los mares,
como la nube en el viento;

permite, sí, que recoja
mi buena amistad sencilla

esa lágrima que moja
tu macilenta mejilla.

El corazón del poeta
en su solitaria calma,
es una copa secreta
de las lágrimas del alma.

La tuya vierte sus perlas.
Yo no merezco guardarlas,
pero quiero recogerlas
porque quisiera cantarlas.

Que también el alma mía
coronada está de abrojos,
también he sentido un día
humedecerse mis ojos.

Porque también he querido,
porque también he adorado,
y lo que amaba he perdido,
y también soy desgraciado.

Yo he sentido la congoja,
del corazón que revienta,
en ese llanto que moja
tu mejilla macilenta.

¡Cómo se llora sonriendo!
¡Cómo se habla sollozando!
¡Cómo se vive muriendo
y se muere recordando!

Sé lo que es, al adorarse
con infinita pasión,
decirse adiós.... y arrancarse
pedazos del corazón.

En ese adiós sin segundo
se va la existencia entera,
y queda desierto el mundo
sin el alma compañera.

Todo es sombras, todo abrojos,
todo noche, todo nada,
desque falta a nuestros ojos

la vida de su mirada.

Y nuestro ser languidece,
el alma huérfana llora,
la esperanza se entristece,
sólo el recuerdo se adora.

Y mientras la negra ausencia
nos enluta el corazón,
vivimos una existencia
de recuerdo y de visión.

Escucho una voz querida
que cariñosa me nombra,
miro pasar una sombra...
Es su sombra y es su voz...
Ese suspiro que vaga
en el ambiente perdido,
es un eco desprendido
de su tristísimo adiós.

El ángel que en sueño veo
es Ella que viene a verme.
Cuando mi párpado duerme
y vela mi corazón
es Ella, mi cariñosa,
cuya alma viene angustiada
a vagar enamorada
en torno de mi pasión.

Sus ojos están marchitos,
está gimiendo su pecho,
y su corazón deshecho
a fuerza de padecer.
Es la mitad de mi alma,
y siente, sí, mi quebranto,
como siento yo su llanto
en mi corazón caer.

Perdona, Eugenia, si al cantar tus lágrimas
con las de mi ángel, triste, las mezclé.
No hay un consuelo en mis palabras áridas,
soy infeliz... y consolar no sé.

Pero comprendo tu alma melancólica,
comprendo su doliente viudedad,

y son mis versos como flores pálidas
que prende en tus crespones la amistad.

EL ALMA EN FLOR

(A Eulalia)

La juventud sus encantadas puertas,
gentil Eulalia, a tu pisada abrió,
y la aurora de Abril en que despiertas
sus espléndidas rosas te ciñó.

Hoy, corona tu frente la belleza,
en tu seno florece la ilusión,
y no sabes lo que es esa tristeza
que marchita y enferma el corazón.

Mas óyeme: si sabes lo que vale
un alma virginal, un alma en flor,
no dejes, no, que generosa exhale
el celeste perfume de su amor.

Que las almas en flor ¡ay! se deshojan
al soplo abrasador de la pasión,
y el llanto en que los párpados se mojan
cae en gotas de fuego al corazón

Deja tus bellas ilusiones de oro
dormir en el regazo del candor;
día vendrá, que viertas su tesoro
en el raudal del verdadero amor.

Hoy, Eulalia, si sabes lo que tienes
con tu abril, tu beldad y tu alma en flor,
oye... no llesves tan preciosos bienes
a quemarse en la hoguera del amor.

VIVIR

(A Carmen)

¿Sabes, Carmen, qué es vivir?

Es nacer para soñar,
y tras de breve dormir
despertar para sentir,
y sentir para llorar.

Sentir que se va muriendo
en el alma la ilusión,
que, hojas del árbol cayendo,
así se van desprendiendo
las creencias del corazón.

Es la dicha fugaz iris
que pintan en lontananza,
engaños de la esperanza,
mentiras del porvenir:

igual que el iris del cielo.
es tan sólo una quimera
del alma que reverbera
como el sol al refulgir...

Y la esperanza es un ave
que por atraernos canta,
y al acercarnos la espanta
de nuestro paso el rumor;

y el amor, fiebre del alma,
locura de un solo día,
relámpago de alegría
en la nube del dolor.

Pues, cuando el alma en amar
sueña, en vibrante latido,
lo que era amor es olvido,
lo que era dicha, pesar.

De los anhelos del alma,
de la fe del sentimiento,
del mundo, del pensamiento
¿sabes qué queda, al final...?

Un fantasma de esperanza,
el adiós del bien perdido,
y triunfante del olvido
el recuerdo funeral.

El recuerdo, triste sombra,
que al irse, implacable, deja
cada goce que se al aleja
rodando a la eternidad:

que de todo lo que ama
en esta existencia el hombre,
tan sólo le queda... un nombre,
del alma en la soledad.

Ninguno puede aclarar
el enigma del vivir,
tal vez vivir es dormir
y morir es despertar.

AMISTAD

(A Anita)

Abro mi corazón, de allí recojo
la dulce flor de la amistad sincera,
y blanca y perfumada la deshojo
de tu álbum en la página primera.

Hoy, en la vida juntos nos hallamos;
pero es un viaje rápido la vida,
y cuando adiós por siempre nos digamos
te quedará esa flor en despedida.

Dicen que todo pasa y todo muere,
que todo en este mundo, es ¡ay! mentira...
mentira es olvidar cuando se quiere
con esta fe que tu amistad inspira.

¿Cómo dar al olvido aquellas horas
en que, escuchando tu afectuoso acento,
palabras recogí consoladoras
llenas de inteligencia y sentimiento?

Pálido, mudo, con la frente triste,
velando mi dolor en falsa calma
tú me encontraste... y comprender supiste
el secreto de lágrimas del alma.

Y como madre que al mimado niño,
consuela al mismo tiempo que aconseja,
así tu santo, fraternal cariño
trata a mi corazón cuando se queja.

De mi destino sobre el mar incierto,
al estallar la tempestad violenta,
mi alma encontró tu corazón abierto
como el ave su nido en la tormenta.

A él me refugio. La amistad más pura
allí me ofrece cariñoso abrigo,
y siento, aunque, bañada de amargura,
tranquila el alma, porque está contigo.

Amé el amor. Mi juvenil anhelo
amor y sólo amor quiso en la tierra...
Ignoraba el tesoro de consuelo
que la amistad de la mujer encierra.

Si dada fuera a mis cansados ojos
la dicha de llorar, hermana mía,
tú sabes que ese llanto sin sonrojos,
en tu seno no más le vertería.

Que dulce sombra de tranquila palma
para el que rinde la mortal fatiga,
así es en el desierto para mi alma
tu generoso corazón de amiga.

¡Ah! cuando solo, en apartado suelo,
apuré el cáliz de mi negra suerte,
a tu memoria deberé consuelo,
sedienta el alma de volver a verte.

Y a verte volveré... ¡Dulce esperanza,
que para amigos cual nosotros dos,
no puede el corazón tener mudanza,
ni el tiempo olvido, ni la ausencia adiós.

ADIÓS

(A Lola)

Dicen, hermosa niña, que dejas tus hogares,
la tierra de las flores, del agua, y los palmares,
la de perenne abril.
¡Adiós...! Y que los ángeles del alma tutelares,
sus alas, cariñosos,
extiendan sobre ti.

Que Dios en tu camino, derrame bendiciones,
que encuentres a tu paso, amantes corazones,
y flores a tus pies.
En torno a ti volando, las castas ilusiones
los sueños de la dicha
derramen en tu sien.

Apenas te conozco; apenas he escuchado
tu acento melodioso; apenas he mirado
tus ojos de querub;
como visión celeste de un sueño idolatrado
que pasa por el alma,
así pasaste tú.

Mas, pues te doy el nombre gratísimo de amiga,
como lejano beso del corazón te siga
el eco de mi voz;
y, porque no me olvides, dulcísimo te diga:
¡«Adiós, quizá por siempre,
hermosa Lola..., adiós...!».

STELLA

(A Clementina)

El sol está muriendo. De ocaso en las regiones
revueltos los celajes de cárdeno arrebol,
fantásticos se tienden, se rasgan en festones,
y cuelgan en el éter, espléndidos jirones
que deja al desgarrarse la púrpura del sol.

Y callan los ruidos, y se alzan los rumores,
y pueblan de los campos la quieta soledad.
Ocultos en las hojas, alados trovadores,
en los encinos altos están los ruiseñores
sus trinos ensayando de amor y libertad.

El ave retardada el aire cruza a solas;
suspira el viento apenas, las hojas al mover;
callada está la fuente, dormidas van las olas,
y doblan desmayadas las flores sus corolas,
el manto de los sueños la noche al extender.

En tanto allá en el cielo, cual lágrima divina,
del éter de zafiro caída en el tisú,
asoma tan hermosa la estrella vespertina,
como será la perla que rueda, Clementina,
del cielo de tus ojos cuando llorares tú.

Estrella de la tarde, corona luminosa
de la sagrada noche, diamante del Señor,
¿por qué buscan las almas tu lumbre misteriosa?
¿Acaso te ha encendido la Mano Poderosa,
porque en el cielo tenga su lámpara el amor?

¡Qué pálida, qué bella cintilas y resbalas
por las etéreas cumbres do lo ignorado está...!
No sé qué vaga y triste tranquilidad exhalas,
espíritu -quién sabe- que llevas en tus alas
de] alma enamorada los éxtasis quizá.

Si eres ¡oh dulce estrella! la lámpara argentina
que enseña de la dicha las sendas del amor,
alumbra los senderos que sigue Clementina;
y como casto lirio, ante tu luz divina
se abra para la dicha su corazón en flor.

EL ÁNGEL DEL HOGAR

(A Enrique)

Una madre me dio el cielo;
y cuando pequeño fui mi
cuna no tuvo ángel...
estaba mi madre allí.

Y era tan dulce su acento,
eran sus ojos tan bellos,
tan blanda la cabecera
que me daban sus cabellos;

tan dichosa su sonrisa,
tan profundo su embeleso,
tan tiernamente inefable
sobre mis ojos su beso,

que yo ¡feliz!, no sentía
que dejaba, al despertar,
a los ángeles del sueño
por el ángel del hogar.

Y así pasaron, pasaron
de mi inocencia las horas
cual pasara bajo el cielo
una procesión de auroras.

Hasta que llegó el momento
de separarnos los dos,
y al hijo la dulce madre
puso al amparo de Dios.

Y quedó sola mi madre,
sola y triste en el hogar,
donde el eco de mi nombre
se escuchaba sollozar.

Aquellos ojos queridos
que en mis ojos se miraban,
con lágrimas se dormían,
con lágrimas despertaban.

Lágrimas que debería
secar de rodillas yo,
lágrimas, madre querida,
que yo no merezco, no.

Que ingrato, en tanto buscaba
la dicha lejos de ti...
¡Perdón, madre de mi vida!
¡Tu sabes cómo volví...!

Volví, sí. ¡Qué dulce llanto
el volverse a ver arranca!
¡Mas tu frente estaba pálida,
tu cabeza estaba blanca!

Que mi ausencia desdichada
tu corazón lastimó,
y el pesar de mis pesares
tu cabello emblanqueció....

Juventud, locos placeres,
ilusiones mundanales,
¿valéis una sola gota
de los ojos maternas?

Santa madre, ídolo mío,
mi culto, mi única fe,
¡con qué dolor a tus plantas
confuso me arrodillé...!

¡Cómo ¡perdón! te gritaba
y sollozaba tu nombre!
¡Cómo mojaba tus canas
con mis lágrimas de hombre!

¡Cómo las tuyas bañando
mi rostro... y mi corazón,
derramaban en mi vida
el bautismo del perdón!

¡En pago de mis errores,
en pago de mis agravios,
bendiciones y consuelos
sólo me dieron tus labios...!

Y desde entonces, mi madre,
tú lo sabes un altar...
levanté dentro de mi alma,
para el ángel de mi hogar.

Y mi madre es mi cariño,
mi fe, mi orgullo, mi amor;
y porque la tengo, creo
en tu bendición, Señor.

Enrique, tú en la inocencia
no comprendes todavía
lo que es esa Providencia
que llamamos Madre mía,

Y pues el cielo te ha dado

una tan buena y tan bella,
cuanto amor hay encerrado
en tu alma, dáselo a ella.

Ese ángel que en tus ensueños
ves, que se inclina a besarte,
es ella que de tus sueños
las horas viene a robarte.

Que para amor como el suyo
es una vida bien poca,
y por cada beso
tuyo otra te diera su boca.

Alma a su alma prendida
eres, con lazo de flores,
y la vida de su vida,
y el amor de sus amores.

Amala, no por el cielo,
ámala, no por deber,
sino porque ella es consuelo,
y vida y santo placer.

Y en el alma, desde niño,
levanta el místico altar
de un infinito cariño
para el ángel del hogar.

EL GRIJALVA

(A la señora de Torre)

No soy de aquella tierra. No tengo mis hogares
a la tranquila sombra que dan los platanares
allá donde el Grijalva dilata su raudal.
Mis campos, paternales, primaverales alfombra
de flores y esmeralda, se tienden a la sombra
de una soberbia tienda de zafir y cristal.

El regio Citlaltépetl. ¿Le conocéis señora?
Yo vi, cuando era niño, los velos de la aurora
tender sobre su frente magnífico dosel,
bañarle en luz de rosa, por un instante... Y luego,

el sol americano alzarse sobre él.

Y en la serena tarde, cuando con lento paso
bajaba a los abismos remotos del ocaso
su frente en un sudario de nubes a esconder,
entonces el destello, ya tibio, de su lumbre,
iba a besar muriendo la solitaria cumbre
de la Montaña Estrella, como en adiós postrer...

Mas yo, no he conocido, señora, los umbríos
bosques de vuestra tierra, allí, donde los ríos
se aduermen al salvaje susurro del manglar;
no he visto aquellas grutas de musgo tapizadas
donde a la tibia sombra que dan las enramadas
la falda de las selvas convida a descansar.

Allá en los florestales tranquilos y desiertos,
no oí cómo celebran con dúlcidos conciertos
los pájaros errantes su agreste libertad.
No oí cómo, a lo lejos en el espacio vagan,
y en el rumor del bosque suspiran y se apagan
los ruidos misteriosos de la honda soledad.

No he visto, pensativo, bajo el amate umbrío
los pálidos cristales de vuestro patrio río
que «pasan, pasan, pasan...» y siempre pasarán.
No he visto cómo inclinan las húmedas corolas
sobre el temblante espejo de las movibles olas
las flores que bordando sus márgenes están.

¡El férvido Grijalva! Espléndido monarca
del bosque y la llanura, que cruza su comarca
tendiendo en el desierto su manto de zafir,
su manto que retrata celajes y arreboles,
y en cuyas ondas brilla, como un collar de soles,
entre un olán de espuma, la lumbre del cenit.

Allí, en la clara noche oyendo la armonía
solemne de sus aguas, la virgen Poesía
quizá plegó sus alas, un cántico lanzó;
y su eco, del Grijalva flotando en los rumores,
en la arpa melodiosa que pulsan sus cantores
sus notas más hermosas, dulcísima dejó.

¡Que pase el rey soberbio, del bosque y el desierto,
de trémulos follajes por el dosel cubierto,

besado por las flores que moja su cristal!
Que pase entre los himnos grandiosos de la selva...
hasta que como al hombre la eternidad,
envuelva el piélago, insondable su pródigo raudal.

Señora, cuando lejos de Méjico la hermosa,
al lado del que os ama feliz y dulce esposa
las aguas del Grijalva mirando estéis correr,
si de lejana tierra, cabe del patrio río
os hablan los recuerdos..., oíd también el mío...
¡Quién sabe si ya nunca nos tornemos a ver...!

LA VOZ DEL ARPA

(A Rosalinda)

Derrama en mi alma triste
de tu arpa vibradora
el inefable acorde,
la música de amor...
Hay algo allá en el fondo
del corazón, que llora,
y tiene sed de lágrimas
mi férvido dolor.

¿No sabes que tu arpa
encierra en sus sonidos
la voz de los recuerdos
que idolatrando voy?
¿No sabes cuántos rostros
hermosos y queridos
se acercan a mirarme
cuando escuchando estoy?

¿No sabes a qué abismo
de amor y de tristeza,
al eco de tu arpa
desciende el corazón?
¿Y que si bajo entonces
doliente mi cabeza
es porque pasa en mi alma
su pálida visión...?

No sabes de quién hablo;

la historia no has oído,
de mi postrera dicha,
de mi primer dolor;
no sabes que en las ruinas
del alma hay escondido
el tétrico fantasma
de mi primer amor.

Derrama en mi alma triste,
de tu arpa vibradora
el inefable acorde,
la música de amor;
hay algo allá en el fondo,
del corazón, que llora,
y quiere voz de lágrimas
para llorar mejor.

LAS DOS

(Elvira y Elisa)

Tierna como las flores, suave como el aroma,
con la mirada dulce que tiene la paloma,
de un ángel con el rostro, de un ángel con la voz,
rosa de Italia blanca, ensueño de poeta,
sombra, recuerdo vivo de la gentil Julieta,
Elvira, así sois vos.

Y pálida y ardiente, soberbia de belleza,
deslumbradora alzando la espléndida cabeza,
siendo los ojos noche y la mirada sol,
ondina del Adriático que lleva en la garganta
la voz apasionada, del alma cuando canta,
Elisa, así sois vos.

Cuando las dos beldades os juntáis como hermanas,
y formáis las dos voces una celeste voz,
del arte y la belleza gentiles soberanas
entonces, sois las dos.

ORFANDAD

(A María)

¡Cuánto es triste pensar en tu destino,
pobre niña que vas por tu camino
sin bienhechora luz;
atrás dejando en sus sepulcros yertos,
yacer el polvo de tus padres muertos
bajo la negra cruz!

Tú juegas, pobre niña, tú sonríes;
cual linda mariposa entre alelís,
por la existencia vas.
Aun no hieren tu planta los abrojos,
aun no saben de lágrimas tus ojos,
es tu alma toda paz.

En tus ojos purísimos aun tienes
algo del cielo azul de donde vienes,
paloma de candor.
Toda inocencia, hoy eres todavía
hermana de los ángeles, María,
la hija del Señor.

Mas ¡ay, pobre ángel! cuando el mundo infame
en tu inocente corazón derrame
su veneno mortal;
cuando bañada en lágrimas, María,
exclames sollozando ¡Madre mía!
y madre no hallarás.

¡Ay!, una madre... Corazón que adora
sin cansarse jamás; dolor que llora
nuestro mismo dolor;
alma a nuestra alma por el cielo unida,
entrañable pedazo de la vida,
único santo amor...

Una madre es así... y así es la mía...;
y no la tienes, tú, pobre María;
no hay ángel en tu hogar...
¿Quién te la puede dar sobre la tierra?
Cuanto tesoro el universo encierra
no la puede comprar.

Dos, que al pájaro errante da la espiga,
y cuida de la alondra, de la hormiga,

y de la flor de abril,
Dios el clemente, el bondadoso, el Padre,
es un inmenso corazón de madre
y el cielo te dará... ¡La tiene allí...!

LA ÚLTIMA FLOR

(A Manuela)

Última flor... Para tus hojas secas,
tiene el recuerdo su secreto llanto...
Quizá serán las lágrimas postreras
del corazón que padeciera tanto.

Última flor... Naciste con el día,
abriste al cielo la gentil corola,
fuiste el amor del sol y de la brisa...
Hoy, yaces triste, marchitada y sola...

También yo tuve el cielo de unos ojos,
los suspiros de un alma enamorada,
las caricias de un ángel... mi tesoro...
los besos de su boca idolatrada.

Su mano resbalaba en mis cabellos,
reposaba en su seno mi cabeza,
y, secando mi llanto con sus besos,
se embriagaba mi amor en su belleza...

Escuchaba su voz, canto, süave,
inefable murmullo desprendido
de un corazón de fuego, palpitante,
que me daba latido, por latido.

Y la llamaba entre mis brazos mía,
y muriendo de amor, la acariciaba,
y muriendo de amor, dábame vida
el beso, que mis labios abrasaba.

La dicha de la vida es una rosa
que se seca también y se marchita;
deshojose la flor... quedó el aroma...
dulce memoria de mi amor bendita.

LAS GRACIAS

(Álbum de las señoritas B.)

Las Gracias, ¿dónde están? Las busco en vano.
Esas Gracias de Teócrito y Virgilio
que amenizaban el festín pagano
y salían a danzar en el idilio,
¿dónde las hallaré...? ¿Por qué no acude
alguno de los dioses en mi auxilio?

Esto, dije en un tiempo; mas no pude
por entonces hallar el grupo hermoso
a quien la griega tradición alude.
Era el caso, en verdad dificultoso,
y ya desesperaba, cuando quiso
mi destino voluble y caprichoso
arrojarme al umbral de un Paraíso.

¡Jalapa la gentil! Vaso de flores
cuyo aroma, en el céfiro indeciso,
es un filtro dulcísimo de amores
que embriaga el corazón, que le enardece,
y, arrancándole penas y dolores,
la ardiente copa del placer le ofrece.

Jalapa la gentil, grato recinto
donde la riente Flora se adormece
en su lecho de rosas y jacinto,
mientras le dan su incienso las aromas
y en medio, del hojoso laberinto
le regalan su arrullo las palomas.

Alcázar de las aves y las flores,
tierra de promisión, ¿de donde tomas
el hechizo inmortal de tus primores,
la gracia sin rival de tus mujeres,
la férvida pasión de sus amores?

Escondido rincón de los placeres,
mansión primaveral de la Poesía,
¿quién alcanza a decir lo que tú eres?
¿quién alcanza a pintar la luz del día?

Jalapa de mi amor. ¡Cuán seductora
te ofreces a mi ardiente fantasía!
¿Quién de ti, si te ve, no, se enamora?
¿Quién, si te ama cual yo, de ti se olvida?
¿Quién, si cual yo te deja, no te llora?
Allí el recuerdo de mi amor se anida,
allí embriagó mis ojos la hermosura,
allí de flores se cubrió mi vida.
Aun oye el corazón en su locura,
como un suspiro, melodioso y blando,
la cariñosa voz de la ternura
dentro de mi alma penetrar llorando.
¡En la negra pestaña veo, las perlas
de aquellos ojos que besé temblando,
temblando de pasión, al recogerlas!

Allí mi inspiración ansió atrevida
alas y extensión para tenderlas
por los gloriosos campos de la vida.
Allí mi lira juvenil y loca
lanzó feliz su vibración sentida,
allí la vida pareciome poca
para amar y sentir... ¡Allí he saciado
de besos y de lágrimas mi boca...!

Allí...
-¿Pero las Gracias, desdichado,
de que quisiste hablar?-
¡Ay! es muy cierto,
mas el dulce recuerdo, idolatrado,
que guarda el corazón, hallole abierto,
y sin pensarlo se escapó impaciente
de aquel pasado, al venturoso huerto.
¿Quién no se acuerda de la dicha ausente?
¿Quién, del frío pensar sin el auxilio,
puede decir al corazón «detente»?

Las Gracias inmortales de Virgilio
que amenizaban el festín pagano
y salían a danzar en el idilio;
derrocado el Olimpo soberano,
se refugiaron lindas y risueñas
en un rincón del suelo mejicano
y se apellidan hoy *Las Jalapeñas*.

LAS DIOSAS

(A las señoritas agramante)

Cuando en un día de proscripción y duelo,
en busca ya de playas extranjeras,
de Cuba abandonasteis las praderas,
el sol de fuego y el brillante cielo;

sin duda que en amargo desconsuelo
viéndoos partir lloraron sus riberas,
y al deciros adiós en sus palmeras
gimió la brisa del nativo suelo.

Porque si Cuba es concha de los mares,
vosotras sois sus perlas más hermosas;
si Cuba es un jardín entre palmares,

vosotras sois sus flores más preciosas;
y si Amor levantare sus altares,
de esos altares os hiciera diosas.

ROSARIO

Cuando hizo Dios a la mujer primera
tan bella la encontró que hacerlo quiso
un presente de amor que digno fuera
de su beldad y diole el Paraíso.

Era digno este don, de su hermosura...
Del sol a los primeros resplandores,
Dios ¡despertó del bosque en la espesura
el mundo de las aves y las flores.

Allí tendió para la planta inquieta
de Eva feliz vagando en la arboleda,
el blando musgo, la gentil violeta
y el jacinto de pétalos de seda.

Y derramó en las brisas empapadas
en la nube sutil de los aromas,
el distante rumor de las cascadas
y el cercano arrullar de las palomas.

Y puso claras fuentes do pudiera
Eva mirar su espléndida hermosura,
y tender su flotante cabellera
cual manto de oro sobre la onda oscura.

Y dilató a sus ojos extasiados
el bosque umbroso, la campiña almena;
y más allá los montes escarpados
y la atmósfera azul, limpia, y serena.

Luz, riqueza, esplendor, bienes sin nombre,
diole el Señor a la mujer primera;
después de Dios ¿qué le quedaba al hombre
que dar a su divina compañera?

Nada... y todo. La sangre generosa
que ya en su altivo corazón ardía,
aquella vida mística y hermosa
que en los jardines del Edén nacía.

Y su alma, la inmortal, la chispa viva
que enciende Dios en la terrena escoria,
la siempre soñadora por cautiva
de eternos goces y de eterna gloria...

Eva al mirar la gran Naturaleza
tan rica, tan fecunda y tan hermosa,
a Dios alzó la atónita cabeza...
y le sonrió bellísima y dichosa.

Pero al mirar al hombre, estremecida
presintiendo de amor los dulces lazos,
suspiró ruborosa y conmovida...
y al blanco seno se cruzó los brazos.

Y dicha y vida y alma, y el portento
del Paraíso ante su esposa bella todo,
el hombre lo dio por el tormento
de amarla mucho y de llorar con ella.

Así nació el amor. Dios no lo quiso;
oyó el hombre su voz aterradora
y traspuso el dintel del Paraíso,
en pos de la primera pecadora.

Así nació el amor, a la hora impía
en que Dios indignado castigaba,
en que Satán glorioso sonreía,
callaba el hombre y la mujer lloraba.

Por eso amor en el Edén nacido
en una hora fatal de encanto y duelo,
es siempre un ángel al nacer herido,
por la celosa cólera del cielo.

Por eso cual reptil la desconfianza
se abriga en pechos del amor ya presos,
y tiembla dentro el alma la esperanza
y se mojan con lágrimas los besos.

Amor nacido en el lindero triste
que separa el Edén del mundo yerto,
¿te acuerdas de las dichas que perdiste?
¿aun respiras las flores de tu huerta?

¿Te acuerdas cuál gimió bajo las palmas
de aquel beso primer el eco tierno?
¿Presientes la ventura de las almas
en las caricias de su amor eterno?

Quién sabe, pobre amor; alma y materia
tú, como el hombre del Edén proscrito
envuelto en idealismo y en miseria
reclamas, como patria lo infinito.

Yo sólo, sé que hay goce en tus pesares
y que en todos tus goces hay tormento,
que -Deidad implacable- en tus altares
arde del hombre el corazón sangriento...

Sólo sé que por ti, ya inobediente,
se puso el hombre con su Dios en guerra,
y que amargó, proscrito y delincuente,
con su primera lágrima la tierra.

Mas sé también que si de mí delante
Dios pusiera otro Edén y me lo diera,
¡sin ver... sin vacilar un solo instante
por la mujer que adoro lo perdiera!

ASUNCIÓN

¿Te acuerdas de su adiós...? Hay un instante
en la revuelta historia de la vida
que el alma que adoró jamás olvida,
y es el instante del postrer adiós.
Las manos que se estrechan, que se aprietan
convulsas con presión desesperada;
las lágrimas que empañan la mirada,
los sollozos que tiemblan en la voz;

la palidez que los semblantes cubre,
el íntimo dolor de los abrazos,
todo quiere decir que hecho pedazos
y agonizando el corazón está.
Todo quiere decir que nuestra vida,
la vida toda de nuestra alma entera
está en otra alma dulce compañera,
que siempre unida a nuestra suerte va.

Este mundo es tan triste; esta jornada
de la cuna al sepulcro es tan sombría,
que un alma siempre sola no podría
soportar la fatiga del vivir.
Así lo quiere Dios. Penas y goces
debemos compartir con los que amamos,
para dicha mayor cuando gozamos,
para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sola, que no tiene
ni una pálida luz entre su sombra,
que a nadie espera, que a ninguno nombra
que no tiene, ¡infeliz!, por quién llorar;
que ante un recuerdo para siempre amado,
temblando de emoción no se despierta,
¿no es verdad que es un alma que está muerta
pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío
su triste sombra al corazón arroje,
y tempestuosa la pasión deshoje
la pasajera flor de la ilusión.
Feliz quien ama, sí; felices ojos
los que saben llorar por el ausente;
feliz el alma que sufriendo siente

que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada más el sueño de oro
del infortunio en la mezquina tierra;
pero cuanta es posible no la encierra
más que el amor, que goza en padecer,
Feliz, bella Asunción, quien mucho ama
y llena con su amor una existencia;
feliz quien logra tras amarga ausencia
la inmensa dicha de volverse a ver.

MARGARITA

Allá cuando fui joven, seductora
la musa del amor y la belleza
vino hacia mí, coqueta y tentadora,
ante mis ojos desplegó sus galas,
y cubriendo un instante mi cabeza
con la mágica sombra de sus alas,
de una lira tan pobre cual la mía
arrancó inspiradora
raudales de pasión y de armonía.

Yo, era joven, la musa era coqueta,
como bella mujer, y sus favores
prodigome indiscreta.
Entonces por acaso, fui el poeta
cantor de la hermosura y los amores,
y en sus ardientes aras
quemé mi incienso, y esparcí mis flores.

Mas hoy, pese a mi estrella,
en vano busco a la gentil doncella
musa gentil de mis tempranos días.
Me deja... Ya no tengo para ella
juventud, esperanza y alegrías.
Inconstante y voluble me abandona,
de entre mis brazos, pérfida se salva,
arranca de mis sienes su corona,
la espantan mi aislamiento,
mis ojos ciegos, mi cabeza calva,
y el hallar a mi lado, torva, fría,
pálido, huésped de los mustios años
en que el otoño de la vida empieza,

la musa funeral de la tristeza
del tedio y los amargos desengaños.

Así, pues, adorable Margarita,
Margarita preciosa cual las perlas,
Margarita gentil como las flores,
más bella y exquisita
que el diamante de vívidos fulgores;
¿qué te puedo decir, mi dulce hermana,
que digno de ti sea,
que digno sea de tu edad temprana?
¿Qué te puedo decir, amiga mía,
si tengo el alma de tristezas llena
y está rota mi lira, y ya no suena
«como en un tiempo, cuando Dios quería?»

¡Nada te digo ya...! Calle el poeta,
que no sabe cantar como merece
la grata seducción de la hermosura,
y que en pálidos versos sólo ofrece,
sin color ni frescura,
despojos de una lira que envejece.

Mas no envejece el corazón nacido
para amar y sentir constantemente,
y que sentir y amar siempre ha sabido
cariñoso y ardiente.
Y es él, mi corazón, a quien escucho,
cuando te digo, aunque en humilde prosa,
pues para hacerlo en verso ya no lucho:
¡Margarita gentil, flor primorosa,
paloma del hogar, perla preciosa,
Margarita de amor... te quiero mucho!

ISABEL

¡Isabel, Isabel... quiero cantarte!
mas ¿qué puedo decir en tu alabanza
si eres más dulce tú que la esperanza,
si eres más bella tú que la ilusión?
¿si pensando que te hablo, me parece
que me miran tus ojos de querube,
y la palabra que a mi labio sube
tímida retrocede al corazón...?

Yo, pobre trovador de los recuerdos
de mi alma en el dolor envejecida,
cantor de las tristezas de mi vida
en pos de un sueño de imposible amor;
yo, que las flores de mi dicha puras
perderse vi del mundo en la corriente,
¿ofreceré para ceñir tu frente
las pálidas adelfas del dolor...?

No; yo pregunto al corazón tu nombre,
y tu nombre levanta en mi memoria,
hermosa como el sueño de la gloria,
tu seductora imagen, Isabel.
Ella del corazón en la tiniebla
encenderá la llama inspiradora,
hará brotar, destello de la aurora,
en un desierto, flores de vergel...

Yo, soy un soñador, un visionario:
cuando en la sombra de la noche velo
miro, tal vez, imágenes del cielo,
el mundo de mi mente atravesar,
Son del sueño las vírgenes ideales,
pálidas, melancólicas y bellas...
Si te pareces, Isabel, a ellas,
¿cómo puedo tu sombra bosquejar?

¿Qué decir de la mágica sonrisa
que vaga dulce entre tus labios rojos?
¿Qué decir de tus ojos, si tus ojos
son en tu faz como en el cielo el sol?
¿Qué decir de tu frente soberana?
¿Qué decir de tu poética belleza,
si mirando tu espléndida cabeza
se piensa en los arcángeles de Dios...?

Si lo que puede Dios pudiera el hombre,
con estrellas trenzara tus cabellos,
y luminosa prendería en ellos
guirnalda de luceros a tu sien.
Horizontes de luz y de zafiro
a tu mirada de ángel abriría,
y tu senda feliz alfombraría
con las rosas perdidas del Edén.

Y poblara la sombra de tus noches
con visiones de arcángeles risueños,
que tenderían, por velar tus sueños,
sus blanquísimas alas sobre ti;
y arrojara del mundo los pesares,
y la tierra llenara de alegría,
porque nunca una lágrima sombría
marchitara tus labios de rubí.

Isabel, Isabel... Quise cantarte...
Mas, ¡rómpanse las cuerdas de mi lira...
El que tus ojos una vez admira,
el alma loca sentirá después.
Corona celestial es tu hermosura...
¡Que la dicha sus flores le entreteja!
Yo... nada soy... ¡Pero que ponga, deja,
el alma, entre mis versos, a tus pies...!

ROSA

Dulce cantora de Atoyac, levanta,
al suave ritmo de tu lira de oro,
de tu almo verso el revolar canoro
y como el ave en la enramada, canta.

Voz de pasión, en femenil garganta,
ya que tiemble feliz en un te adoro,
ya que so moje en escondido lloro,
al son de un arpa cual la tuya, canta.

Así como la aurora entre las flores
va esparciendo sus gotas cristalinas,
de esa tu arpa derrama los primores

en tantos corazones que fascinas
y olvida entre el aplauso, y sus loores
que eres Rosa y te cercan las espinas.

LUISA

Anoche, al dejarte,
tu imagen preciosa

flotaba en mi mente,
tan pura y hermosa
cual flota en un sueño
celeste visión.

Tu frente miraba
tan limpia y serena,
tu pálida frente
color de azucena,
la frente de un ángel
que está en oración.

Miraba tus ojos,
tus ojos de estrellas,
que tienen miradas
tan dulces y bellas
cual rayo de luna
tendido en el mar.
Miraba esa vaga
perenne sonrisa
que olvida en tu boca
de púrpura, Luisa,
el ángel del sueño,
tu labio al besar.

Miraba todo esto,
fingiendo mi mente
que el mundo es el turbio
raudal del torrente,
y tú, flor sencilla
que al margen creció.
¡Que nunca sus aguas
de amargas, congojas
de tu alma de lirio
se lleven las hojas...!
En ese torrente
mi fe se perdió.

¡Feliz si no sabes
lo que es en la vida
sentir toda el alma
de amor encendida,
poblada de sueños,
radiante de fe!
Tener pensamientos
que abrasan la frente,
sentir la esperanza

de dicha impaciente,
vivir delirando,
soñar... no sé qué.

Oír en el agua
que corre, un lamento,
oír un suspiro
que pasa en el viento,
diciendo fugaces
La vida es amor.
Y oyendo ese nombre
mirar las estrellas,
y ver que en el cielo,
escribe con ellas
la misma palabra
la mano de Dios.

Pasar de la noche,
las horas calladas
fingiéndose en la sombra
visiones amadas,
también murmurando:
La vida es amor;
y entre ellas la virgen,
la virgen bendita
que enciende en el alma
pasión infinita,
pasión que es un mundo
de dicha y dolor.

Amar con delirio,
con loca ternura,
y huérfano y solo
morir de tristeza,
sin una esperanza
de dicha quizá;
tan sólo adorando
la santa memoria
de un sueño inefable
de amor y de gloria,
que un tiempo gozamos
y no volverá.

¡Feliz si no sabes...!
mas no; quien ignora
lo que es el insomnio,

del alma que llora
tristezas celestes,
pesares de amor;
quien nunca recuerda
placeres perdidos,
quien triste no guarda,
secretos queridos,
ni vive adorando
su propio dolor;

es sólo una sombra
que cruza la vida,
estéril, errante,
mezquina, perdida,
cerebro sin mente,
pupila sin luz...
¡Amar es el alma
lanzar al delirio,
bañarse en la dicha
sufriendo el martirio,
alzarse a los cielos
clavado en la cruz!

¡Oh, pálida Luisa,
si encuentras acaso
un alma enclavada
de amor en la cruz,
viajera divina
que cruzas de paso,
sé su ángel de amores,
sé su ángel de luz!

LUZ

¡Luz es todo lo bello! Luz la aurora,
ráfaga de oro tras la noche umbría,
y la antorcha del sol deslumbradora
sobre la tierra destellando el día.

Luz es la luna solitaria y blanca,
confidenta del alma en sus dolores,
luz la brillante lágrima que arranca
del virgen corazón pena de amores.

Luz el insomnio de la mente inquieta,
cuando la casta virgen Poesía
viene a besar la frente del poeta
y a verter en su arpa melodía.

Luz es el alma en que el amor enciende
por vez primera su celeste llama:
de luz las alas que soberbio tiende
un pensamiento que la gloria inflama.

Y luz es la existencia, fatuo fuego
que de la sombra de la cuna brota,
brilla un instante... y desaparece luego,
de los sepulcros en la noche ignota.

Y luz del porvenir es la esperanza,
luz del alma la fe, luz de la vida
estos sueños de amor y venturanza
tras los que corre el ánima perdida.

Y luz es tu beldad ¡oh, Luz más bella
que la vaga ilusión que me enamora!
Luz, arcángel que pasas, Luz, estrella
en la noche del alma que te adora.

Yo te amo, sí, fantasma de mis sueños,
con el amor ideal de mis delirios,
yo, soñador de arcángeles risueños
y vírgenes más puras que los lirios.

Como a ellas te amo, sí; que como ellas,
eres himno, perfume, melodía;
y si no te coronan las estrellas,
de tus miradas se desprende el día.

Estrella de beldad, si Luz te llamas
es porque llevas en tu frente aurora,
porque la luz que con mirar derramas,
alumbra el corazón, y le enamora.

Mujer de bendición, inolvidable,
realizada creación del pensamiento.
¡Nunca a mi labio dejaré que te hable,
nunca, ilusión, te deshará mi aliento!

Como la estrella en el azul perdida

que se mira, se adora y no se alcanza,
así, mi Luz, estrella de mi vida,
te idolatra de lejos mi esperanza.

DOLORES

Dolores, bella Dolores,
¿quién ese nombre te dio?
Te soñaron los Amores
y de estrellas y de flores
Dios, sonriendo, te formó.

Dio a tu frente la pureza
y el color del azahar,
y tu lánguida cabeza
coronó con la belleza:
ser hermosa, ¿no es reinar...?

Son tus labios ambrosía,
tus palabras melodía,
tus sonrisas arbol;
en tu rostro luce el día,
en tus ojos brilla el sol.

Dolores, bella Dolores,
¿quién este nombre le dio?
Sí te crearon los Amores,
¿qué dolor, qué sinsabores,
tu presencia no ahuyentó?

Bien hayas tú, la galana,
la bellísima entre mil,
la más linda flor poblana
que descuella soberana
de esta tierra en el pensil.

Bien haya la soñadora,
la de dulce inspiración,
cuyas notas cuando llora
son las perlas de la aurora
en la flor del corazón.

Que huyen al viento dispersos
los duelos del padecer,

oyendo cuál brotan versos
dulces, sonoros y tersos
los labios de una mujer.

Bien hayas tú, la preciosa,
la bellísima entre mil,
luz de aurora, perla hermosa,
sueño de oro, blanca rosa,
de la vida en el Abril.

Y pues te llamas Dolores,
selo en el nombre no más;
para ti... tan sólo flores,
dichas, encantos, amores...
pero lágrimas... jamás.

GENOVEVA

Sola y oculta en el rincón del huerto
exhala su perfume la violeta;
sola se queja en escondida grieta
gentil paloma en el pensil desierto.

Sola, del cielo en el confín incierto,
brilla y derrama inspiración secreta
esa estrella querida del poeta,
que resplandece cuando el sol ha muerto.

Así violeta de fragante aroma
que perfuma los místicos altares,
solitaria y dulcísima paloma
ajena de este mundo a los azares
y blanca estrella que apacible asoma,
eres tú, Genoveva, en tus hogares.

CATALINA

«-Patria, familia, hogar..., ¿qué os habéis hecho?
Quedó la patria tras los anchos mares,
destruyó el infortunio mis hogares
cual pobre nido al huracán deshecho.

¡Mi familia, mi amor...! Aquí en mi pecho
convertí sus sepulcros en altares,
y he llorado... he llorado mis pesares
huérfana ¡ay! bajo extranjero techo.»

Así te vi exhalar en hondo duelo
quejas que al Dios del desterrado claman,
hija preciosa del cubano cielo.

Llanto tus ojos con razón derraman;
mas tu patria, tu hogar en este suelo,
está en el corazón de los que te aman.

FÚNEBRES

1

La desposada de la muerte

(Corona fúnebre de la Sra. Ana María de la Serna y Campbell de Thomas)

Coronaban su frente todavía
los castos azahares,
el velo de la esposa la cubría
y la nupcial antorcha despedía
su misteriosa luz en los altares.

Amor, engalanado, jubiloso,
sus alas recogiendo,
aun estaba, con aire victorioso,
en los labios el dedo, y malicioso
ante la puerta del hogar sonriendo.

Y aun, ebrio con la dicha de su suerte,
en tan felices lazos
el esposo dormía, cuando la muerte
llamó impaciente, penetró, y ya inerte,
la arrancó sin piedad de entre sus brazos.

Trocose el beso sobre el labio muerto
en lúgubre quejido;
el ángel del amor, pálido y yerto,
las alas agitó con vuelo incierto
y entro sus labios sofocó un gemido.

El soplo helado del espectro rudo
apagó temerario
la lámpara nupcial... Está ya mudo
y desierto el hogar; en el desnudo
tálamo, nada más queda un sudario.

¡Ah! ¡todo en vano fue, todo! ¡Ventura,
juventud y riqueza,
virtud, amor, talento y hermosura,
todo de un soplo se perdió en la oscura
noche, en que la honda eternidad empieza!

¡Pero no la lloréis, no...! Sin rüido
¿no habéis su vaga sombra
a vuestro lado alguna vez sentido?
¿No llega sin rumor a vuestro oído
una voz como de ángeles que os nombra?

Es Ella; está invisible, mas no ausente.
Deja un instante el cielo
por venirte a traer, madre doliente,
con invisibles besos en tu frente
la inefable caricia del consuelo.

¡No la lloréis! Celeste mariposa,
la noche del desierto
atravesó fugaz y luminosa;
ahora vaga feliz de rosa en rosa
por los jardines del divino huerto.

¡No la lloréis..., feliz! Bodas mejores
para esas almas bellas
hace el Dios de los místicos amores.
Son en el mundo efímeras las flores
y eternas en el cielo las estrellas.

En la tumba de la señorita Z.

Venid, y flores derramad y llanto
sobre esta tumba. La que aquí reposa,
en el jardín del mundo fue una rosa,
y así como las rosas, se agostó.

El ángel tenebroso de la muerte

tendió sobre ella su terrible vuelo,
y se durmió sonando con el cielo,
y en el cielo con Dios le despertó.

Manuel Ocaranza

Cuando ante el lienzo, virgen todavía,
inmóvil el artista se quedaba,
la frente erguida, la mirada ardiente
y en la mano el pincel, bella, riente
hasta él la diosa inspiración bajaba,
dejaba un beso rápido en su frente,
y tomando la mano en que temblaba
el pincel, ya mojado en la paleta,
arrojaba en el lienzo del artista
las creaciones del alma del poeta.

Así con la osadía
del espíritu en que arde y centellea
la llama esplendorosa de la idea,
la inspiración magnífica del arte,
robó Ocaranza su fulgor al día,
su sombra al bosque, su zafir al cielo,
y su honda palidez y desconsuelo
al rostro de la virgen conmovida
que ve, con llanto que del alma brota,
la imagen ¡ay! de su «Ilusión perdida»
en la azucena que se inclina rota.

Quedan allí los acabados cuadros
de su fácil pincel. Naturaleza,
como una virgen que el amor conquista
y se deja robar por el amante
beso tras beso en lánguida pereza,
se dejaba robar por el artista
sus secretos de luz y de belleza.

.....

Un solo cuadro, artista, no acabaste,
el cuadro de tu vida transitoria.
¡Qué triste y qué incompleto le dejaste!
Al través de la gasa mortuoria
que lo cubre, se mira inmaculada
brillar como la luz de una alborada
la hermosa luz de tu temprana gloria.
A su tenue fulgor, símbolo triste

del abandono cruel y del tormento
que en el mundo acompañan al talento,
se ve una cruz... Sencilla y aun reciente,
la corona caída de tu frente
enlaza de la cruz los negros brazos...
Y al pie de aquella cruz tan triste y sola,
tu mágico pincel hecho pedazos...

Lo demás es la sombra, la terrible
sombra que viene del sepulcro abierto,
la sombra pavorosa
en donde duermes ya, pálido muerto,
sin aplauso, sin pompa, sin testigos,
la sombra de esa noche sin mañana
donde llegar no pueden
los pobres ruidos de la gloria humana;
mas donde acaso llegue
el sollozante adiós de tus amigos...